

cipó la acción principal á impulsos de su ardimiento, no lo pudo impedir de ningún modo, ocupado como estaba hácia su derecha, y esta acción prematuramente empeñada, la suspendió para hacer cara á los prusianos, y tras de haberlos repelido, la comenzó de nuevo, cuando repentinamente le vino á abrumar otro cuerpo de prusianos. No faltó, pues, como capitán en lo mas leve, y para ser justo respecto de los vencedores como respecto de los vencidos, ahora añadiremos que el duque de Wellington y el mariscal Blücher merecieron su victoria, el primero con su tesón inquebrantable, y el segundo con su patriotismo inaccesible al desaliento.

Fuerza es decir ya con la sincera pesadumbre de atacar la memoria de un hombre de bien y de un militar bizarro, acometido entonces de una ceguera sin ejemplo, que el mariscal Grouchy fué la verdadera causa de la desventura de los franceses (la causa material por supuesto, como que la moral radicaba en otra parte). Ya hemos expuesto los hechos con exactitud escrupulosa, y nada sério permiten alegar en su abono, aunque de cuarenta años atrás se ha intentado repetidas veces. Después de perder toda la tarde del 17 de junio, y también toda la mañana del día siguiente, aun le quedaba la tarde del mismo para enmendar sus faltas, y bastaba sin duda para convertir en triunfo un inmenso desastre. Efectivamente, en Sart-a-Valhain se oyó el cañoneo á las once y media de la mañana. Con la sagacidad de un verdadero hombre de guerra, con el calor de un francés apasionado por su país, el general Gerard propuso marchar hácia donde se oía el cañoneo de seguida, y andaba por

fundamento que en la duda de cuáles fuesen las intenciones del enemigo, lo conveniente era acudir á Napoleón sin vacilacion de ninguna clase, porque si los prusianos se le iban á echar encima, se estaría en sus instrucciones, puesto que prescribían no abandonar su seguimiento, y si se retiraban hacia Bruselas ya no habia que hacerles caso, y si darse prisa á llevar á Napoleón muy eficaz socorro para la destruccion definitiva de los ingleses. Gerard, Vandamme, Valazé, todos los soldados proferían el mismo grito; cerrando los ojos á la evidencia, el mariscal Grouchy desechó esta luz que de todos los espíritus brotaba resplandeciente. Una falta de forma en Gerard, un yerro de susceptibilidad en Grouchy, hicieron que fracasara consejo tan sano, y que salvara sin duda al imperio, y lo que importaba mucho mas todavía, á la Francia.

En favor del mariscal Grouchy se han hecho valer dos excusas; primera, que para ir desde Sart-a-Valhain á Maransart no habia ya tiempo; segunda, que en el camino se hallara á cuarenta mil prusianos disputando el paso del Dyle, mientras hubieran ido otros cincuenta mil á caer sobre Napoleón en el campo de batalla. Mal fundadas creemos las dos excusas, y aun cuando tuvieran fundamento no disculparían al mariscal Grouchy de ningún modo. Con efecto, si cuando estaba en Sart-a-Valhain le faltaba tiempo ¿de quién era la culpa, sino suya, pues habia perdido cinco ó seis horas la tarde del 17 de junio, y cuatro la mañana siguiente? Si debia hallar á los prusianos defendiendo el Dyle ¿de quién era la culpa, sino suya de igual modo, pues no habia vigilado su curso, ni

apoderádose de sus puentes, casi todos olvidados por el enemigo, ni intentado el paso por donde no ofrecia dificultad alguna? Evidentemente Grouchy aparece responsable, aun admitiendo lo que se alega en su abono. Pero las tales excusas, que no le eximen de ningun cargo, se hallan tambien desprovistas de fundamento.

En cuanto á la distancia, véase la verdad rigurosa. Desde Nil-Saint-Vicent, adonde habia llegado Vandamme á las once y media de la mañana, hasta Maransart, á lo sumo hay cinco leguas métricas, ó sean cuatro leguas antiguas. Cuando mas las gentes del país hablaban de una travesía de cuatro horas; y es la verdad que se anda cada legua métrica en menos de una. Si se quiere tomar en cuenta el mal estado de los caminos, aunque no tanto por las vias transversales como por las vias directas, fatigadas por el tránsito de los prusianos, se podian echar cinco horas, y era mucho para soldados, á quienes electrizará de seguro el estruendo de los cañones. Aun cuando se supusieran seis horas, calculo extraordinariamente exagerado, se llegara en el instante mas oportuno. Aun cuando se supusieran siete horas, todavia el momento era sumamente propicio, pues cabalmente entonces la Vieja Guardia ahuyentaba de Planchenois á los prusianos, y se les sorprendiera en un desorden espantoso. ¿Se quieren ahora ejemplos de lo que se podia ejecutar en materia de travesías sobre los mismos lugares y cabalmente en las mismas circunstancias? Pues no faltan esos ejemplos. Saliendo de Gembloux el cuerpo de tropas de Vandamme á las ocho de la mañana, ya estaba en la Barraca á las dos de la tarde, despues de detener-

se en el camino mucho mas de una hora, y de andar muy despacio. Y no hay que perder de vista que entre Gembloux y la Barraca y entre Nil-Saint-Vicent y Maransart casi son iguales las distancias. Asi es, que la mencionada travesía se pudiera hacer en cinco horas. ¿Por ventura se quiere todavia otro ejemplo mas concluyente? De Wavre á Gembloux hay mas de cinco leguas, y cuando al dia siguiente 19 de junio, la necesidad de ocultarse á la vista del enemigo victorioso aceleraba el paso de las tropas, todas, Vandamme salia de Wavre á la puesta del sol y estaba ya en Gembloux á las once de la noche (1). Por tanto, bien se podian andar cinco leguas en cinco horas el 18 de junio, cuando se andaban en tres al dia siguiente.

En cuanto á la resistencia que á las márgenes del Dyle pudieran oponer los prusianos, verdadera es la objecion con referencia á Wavre, donde se les iba á atacar en una posicion inexpugnable, pero resulta falsa, si se imagina que el mariscal Grouchy se presentara delante de los fuertes de Moustier y de Ottignies no custodiados. A la verdad, concediendo a los enemigos un discernimiento sobrehumano, de que por desgracia de los franceses carecia el caudillo de su ala derecha, bien pudiera acontecer que, adivinando sus proyectos, Blucher hubiera situado cuarenta mil hombres en los puentes de Moustier y de Ottignies, por donde el general Gerard proponia que se ejecutara el paso del rio, y que defendiéndolos con estos cuarenta mil soldados, para agobiar á Napoleon enviara

(1) Testimonio del general Berthézéne en sus Memorias, tomo II, pág. 398.

otros cuarenta y cinco mil de que le era dado entonces disponer á lo sumo. Sin duda las cosas pudieran pasar de este modo; pero cuando solo eran hombres los franceses, no se habian de figurar que sus contrarios fuesen dioses.

Nada parecido sucedió virtualmente. Viéndose Blucher seguido á Wavre, allí dejó á Thielman con veinte y ocho mil hombres para distraer á los franceses, con treinta mil envió á Bulow á la capilla de San Lamberto y Planchenois, á Pirch I hizo que fuera detrás de Bulow con quince mil combatientes, y con otros tantos destacó á Ziethen á lo largo de la selva de Soignes. Si al consejo del general Gerard diera el mariscal Grouchy oídos, entre una y dos de la tarde llegara á los puentes de Moustier y Ollignies, los cruzara sin dificultad alguna, y nadie le atajara el paso, y hallara el camino de Maransart expedito del todo. Dirigiendo á Wavre á Pajol y á Teste, que sobre Tourlines fueron encaminados por la mañana, y que bastaran para entretener á Thielman durante algunas horas, y marchando hacia Maransart con el resto de su cuerpo de tropas, es decir, con treinta mil hombres, á Bulow hallara empeñado en lo hondo del valle de Lasne y de modo de no ver nada, y á Ziethen y Pirch I verosimilmente muy avanzados en su movimiento para que pudiesen notar su presencia. Aun suponiendo que no lograra mas que desviar á estos últimos de su camino, fijamente alcanzara el objeto esencial en suma, puesto que su llegada hizo que se perdiera todo. Pero aun atrayendo la atención de ambos, sin duda pasara adelante, primero que se pudiesen oponer á su marcha, y operara la doble ventaja de libertar á Napoleon

de su ataque, y de destruir á las tropas de Bulow sin remedio.

Por consiguiente nada puede atenuar la falta del mariscal Grouchy sino sus servicios anteriores, que son muy relevantes, y sus intenciones que eran leales y acrisoladas. Segun lo ha dicho Napoleon, al ejército faltó Grouchy en esta fatal jornada, como si un terremoto le hubiera hecho desaparecer del teatro de las operaciones. Asi el olvido de su papel verdadero y consistente en aislar á los prusianos de los ingleses fué la causa positiva del desastre, la causa material se ha de entender siempre, pues las causas morales hay que buscarlas mas arriba, y á tal altura Napoleon torna á aparecer como el verdadero culpado.

Efectivamente, si se considera esta campaña de solos cuatro dias bajo conceptos mas elevados, se verá de cierto, no las faltas actuales del hombre de guerra, que nunca estuvo mas profundo ni mas activo, ni mas fecundo en recursos, sino las del jefe del Estado que se habia creado á sí propio y á Francia una situación forzada, en que nada pasaba naturalmente, y en que el genio mas poderoso debia fracasar ante imposibilidades morales insuperables. Fijamente, nada mas bello, ni mas habil que la combinacion por cuyo medio juntaba en pocos dias ciento veinte y cuatro mil hombres sobre la frontera sin que lo echara de ver el enemigo, y se hacia dueño de Charleroy al cabo de algunas horas, y se situaba entre los ingleses y los prusianos, y le ponía en actitud de combatirlos separadamente, y despues de vencidos los prusianos y los ingleses, le dejaba espacio para ir á hacer cara á los rusos y á los austriacos al frente de

las fuerzas que se organizarían mientras daba las primeras batallas. Pero las vacilaciones de Ney y de Reille el 15 de junio, renovadas además al día siguiente, incompleto hacían un triunfo que debiera ser decisivo sin duda, pero estas vacilaciones se remontaban asimismo á Napoleon, por ser quien había grabado en su memoria los recuerdos que les conmovían tan fuertemente. Napoleon fué quien inscribió en la mente de Reille los nombres de Salamanca y de Vitoria, en la de Ney los de Dennewitz, Leipzig y Laon, y por último el de Kulm en la de Vandamme. Si inmediatamente despues de la batalla de Ligny se perdió todo el 19 de junio, pérdida no muy de lamentar ciertamente, se debió asimismo á las vacilaciones de Ney por la mañana, y á una tempestad por la tarde. Esta tempestad no era de cierto obra de nadie, ni de Napoleon, ni de sus lugartenientes, pero si era obra suya la de haberse colocado en situación tal, que un accidente físico el mas leve se transformaba en grave peligro, en una situación tal, que para no perecer se necesitaba que todas las circunstancias fueran favorables, todas sin excepcion alguna, privilegio que no otorga á ningun capitán la naturaleza.

Tampoco era culpa de nadie la pérdida de la madrugada del 18 de junio, porque había necesidad absoluta de dejar que se afirmara el terreno bajo los pies de los caballos, bajo las ruedas de los cañones, y en suma no se debía presumir que el tiempo tomado para que se afirmara el terreno, simplemente fuera para dar lugar á la llegada de los prusianos. Pero si delante de la quinta de Goumont aparecía Reille desalentado, si despues de sentirse Ney y Erlon acometidos de la fiebre de

la vacilacion el 16 de junio, á los dos dias experimentaban la del arrebato, y gastaban las fuerzas francesas mas preciosas antes del momento oportuno, preciso es repetir que de igual modo hay que remontar el origen á Napoleon, por haber colocado á todos en posiciones tan extrañas, y por ser causa de su estado moral, y de su heroismo portentoso aunque ciego. Finalmente, si la atencion de Napoleon atraída á la derecha con su persona y su reserva, se echaba de menos hacia el centro para precaver allí graves faltas, por culpa era de la llegada de los prusianos, y la llegada de los prusianos era por culpa, no de la combinacion de destacar su ala derecha para tenerlos ocupados, pues no los podia dejar sin vigilancia, sin seguimiento, sin obstáculo opuesto á su vuelta, sino del mariscal Grouchy, solo suya, dígase cuanto se quiera en contra. Pero la culpa de tener á Grouchy, este gran yerro, de Napoleon era tan solo, dado que por premiar un servicio político había elegido un hombre decidido y leal sin duda, pero incapaz de conducir un ejército en tales circunstancias. Por fin, con veinte ó treinta mil hombres mas proveyera Napoleon á todos estos accidentes, pero aquellos veinte ó treinta mil soldados se hallaban en la Vendée, y esta la Vendée formaba parte de la situación extraordinaria, de que era autor exclusivo. Efectivamente, extremada temeridad era la de pelear al frente de ciento veinte mil hombres contra doscientos veinte y dos mil enemigos, formados en parte de los primeros soldados de Europa, acaudillados por generales exasperados y resueltos á vencer ó morir; y en la situación en que Napoleon se encontraba por entonces, tan enorme temeridad

casi figuraba como cordura, pues solo á esta condicion podia ganar la prodigiosa apuesta de vencer á la exasperada Europa con las fuerzas destruidas de Francia, sin haber tenido para rehacerlas mas que dos meses. Y al cabo, por no omitir nada, aquel estado febril de las tropas, caidas en abatimiento imponderable despues de sublime heroismo, obra era á semejanza de todo lo demás del gefe del Estado, que en quince años de reinado habia abusado de todo, de Francia, del ejército, de su genio, de cuanto Dios habia puesto en sus prodigias manos. Buscar en la incapacidad militar de Napoleón las causas de un desastre, que se hallan completas en la situacion, que habia creado en el tiempo de quince años consecutivos, no solo equivalia á sustituir lo falso á lo verdadero, sino lo pequeño á lo grande. Otra cosa habia en Waterloo muy distinta de un capitan, que habia perdido su actividad, su presencia de ánimo, y envejecido en suma, pues habia un hombre extraordinario, un guerrero incomparable, á quien todo su genio no pudo salvar de las consecuencias de sus faltas políticas, un gigante que, porfiando en luchar contra la fuerza de las cosas, y violentarla y ultrajarla, se veia arrebatado, y vencido como el mas débil é incapaz entre los hombres. El genio, impotente ante la razon menospreciada, ó tardamente reconocida, espectáculo es, no solamente mas verdadero, sino moral en mayor grado que un capitan que ha envejecido y que comete una falta en su oficio. En vez de ser esa una leccion digna del género humano que la recibe, y de Dios que la dá, solo seria un tema bueno para discutido ante algunos alumnos de una escuela militar.

A mayor abundamiento, este hombre extraordinario se iba á volver á encontrar delante de las causas morales que habia suscitado, y en el libro siguiente se le va á ver cual sufre la catástrofe postrera, en que nuevamente las causas morales lo son todo, y las materiales casi nada, porque si de las causas materiales pueden emanar los sucesos de poco bulto, solamente de las causas morales emanan los sucesos de grande monta. Ellas los producen radicalmente, y aun los fuerzan á su consumacion á pesar de las causas materiales. El espíritu gobierna y la materia es gobernada; cuantos observan el mundo y le ven tal como es, no pueden descubrir otra cosa.

El espíritu gobierna y la materia es gobernada; cuantos observan el mundo y le ven tal como es, no pueden descubrir otra cosa. Napoleón se iba á volver á encontrar delante de las causas morales que habia suscitado, y en el libro siguiente se le va á ver cual sufre la catástrofe postrera, en que nuevamente las causas morales lo son todo, y las materiales casi nada, porque si de las causas materiales pueden emanar los sucesos de poco bulto, solamente de las causas morales emanan los sucesos de grande monta. Ellas los producen radicalmente, y aun los fuerzan á su consumacion á pesar de las causas materiales. El espíritu gobierna y la materia es gobernada; cuantos observan el mundo y le ven tal como es, no pueden descubrir otra cosa.

canzándosele que el triunfo será de los Borbones, se decide á pactar con ellos.—Escenas en la Cámara de los pares.—La Bédoyère desearia que se proclamara á Napoleon II sin dilaciones.—Altercado entre Ney y Drouot relativamente á la batalla de Waterloo.—Al ver Napoleon que se trata de eludir la cuestion relativa á la transmision de la corona á su hijo, se queja á Mr. Regnaud de haber sido engañado.—Mrs. Regnaud, Boulay de la Meurthe y Deformond le prometen hacer un esfuerzo en favor de Napoleon II al dia siguiente.—Acalorada sesion el 23 de junio en la Cámara de representantes.—Mr. Boulay de la Meurthe denuncia los manejos de los realistas, y quiere que se proclame á Napoleon II sin tardanza.—Todá la Asamblea se muestra propicia á la proclamación.—Por medio de un discurso hábil consigue calmarla el diputado Manuel, y hace que se adopte la orden del dia.—Diversas medidas tomadas por la Cámara de representantes.—Lo que pasa á la sazón en las fronteras.—Reunion del ejército en Laon, y manera milagrosa con que Grouchy se ve en salvo.—Aun cuenta el ejército sesenta mil hombres, que al vir el nombre de Napoleon II recuperan todo su armamento.—Grouchy toma el mando de las tropas, y las conduce á Paris, siguiendo la margen izquierda del Oise.—Sabedores de la abdicacion aceleran la marcha sobre Paris los generales extranjeros, y siempre más fogoso, Blucher toma dos dias de delantera á los ingleses.—Agitacion creciente dentro de Paris.—Los realistas piensan en una tentativa de movimiento, pero Mr. Fouché los contiene por medio de Mr. de Vitrolles.—Tanto los bonapartistas como los revolucionarios desearian que Napoleon se colocara á su cabeza, y se desembarazara de las Cámaras.—Afluencia de los federados en la avenida de Marigny, y sus aclamaciones asi que divisan á Napoleon de lejos.—Zozobras de Mr. Fouché y su deseo de alejar á Napoleon cuanto antes.—Esta comision encarga al mariscal Davout, el cual se dirige al palacio del Eliseo para pedir á Napoleon que salga de Paris en seguida.—Napoleon se traslada á la Malmaison, y desea que se le faciliten dos fragatas, surtas en la rada de Rochefort, actualmente, para dirigirse á América sin demora.—Mr. Fouché envia á pedir salvo-conductos al duque de Wellington.—Napoleon aguarda en la Malmaison la respuesta.—El general Becker es comisionado para velar por su persona.—Mr. de Vitrolles insiste con Mr. Fouché á fin de que se ponga término á la crisis.—Mr. Fouché discurre echar encima la dificultad á los militares, induciéndoles á declarar la imposibilidad de la defensa.—Al mariscal Davout tornan los reasistas sus ojos.—El mariscal Oudinot se avista con el mariscal Davout.—Este declara que será el primero en proclamar á Luis XVIII por monarca, si los Borbones consienten en volver sin el acompañamiento de soldados extranjeros, en respetar las personas y en consagrar los derechos de Francia.—En tal sentido el mariscal Davout dá un paso muy franco ante la comision ejecutiva.—Mr. Fouché no se atreve á darle apoyo.—A la sazón se recibe una memoria de los negociadores,

epviados á los soberanos aliados, segun cuyo texto aparece que los potencias europreas no tienen empuño alguno á favor de los Borbones.—Esta memoria sirve de pretexto para aplazar toda resolucion.—Se aproximan á Paris los ejércitos extranjeros.—Nombramiento de nuevos negociadores para elevar un armisticio.—Disposiciones particulares del duque de Wellington.—Su perfecta cordura.—Sus consejos á la corte de Gante.—Disposiciones de esta corte.—Idas de venganza.—Desencadenamiento contra Mr. de Blacas, y gran favor respecto de monsieur Fouché.—Momentáneo predominio de Mr. de Talleyrand.—Llegada de Luis XVIII á Cambrai.—Declaracion de este monarca.—El duque de Wellington no quiere que se entre en París á viva fuerza, y antes bien desea que se entre pacíficamente, con el fin de no despolarizar á los Borbones.—Violencia del mariscal Blucher, que piensa en desembarazarse de Napoleon.—Nobles palabras del duque de Wellington.—Con éste se avistan los comisionados para el armisticio.—Sus exigencias estriban en la entrega de Paris y de la persona de Napoleon.—Mr. Fouché se decide á hacer que este parte de Paris á toda prisá.—Sabedor Napoleon de la marcha de los ejércitos enemigos, y de que los prusianos ván dos jornadas delante de los ingleses, á la comision ejecutiva se brinda para tomar el mando del ejército por algunas horas, bajo promesa de ganar una batalla y de dimitir en seguida.—Esta proposicion es desechada.—Salida de Napoleon para Rochefort el 28 de junio.—Después de partir Napoleon, ya no puede el duque de Wellington demandar la entrega de su persona, pero dá á entender la necesidad de aceptar á los Borbones, y por su parte promete la más noble conducta.—Entrevista con los negociadores franceses.—Los agentes secretos de Mr. Fouché le envian noticias conformes á las que envian los negociadores, y de las cuales resulta que los Borbones son inevitables.—Mr. Fouché comprende que ya es hora de poner fin á tantas lentitudes, y convoca un gran consejo, al cual son llamados los individuos que componen las mesas de ambas Cámaras y muchos mariscales.—Allí trata de echar sobre el mariscal Davout la responsabilidad toda, induciéndole á declarar de piano la imposibilidad de la defensa.—Indignado el mariscal de los viles manejos de Mr. Fouché, se anuncia pronto á dar batalla, y responde del triunfo, si no le matan en las dos primeras horas.—Situacion embarazosa de Mr. Fouché.—Dictámen de Carnot sosteniendo que la resistencia es imposible.—Se somete la cuestion á un consejo especial de militares.—Mr. Fouché plantea las cuestiones de modo de obtener las respuestas á medida de su deseo.—A tenor de las respuestas dadas por este consejo, se reconoce la necesidad absoluta de venir á capitulaciones.—Brillante combate de caballeria dado por el general Exelmans á los prusianos.—Sin embargo de este triunfo, la necesidad de tratar rs concebida por todos.—Envio de comisionados al mariscal Blucher, que ya está en Saint-Cloud por entonces.—Por el cuartel del mariscal Davout cruzan estos comisionarios.—Esce-

unas de que son testigos.—Se trasladan á Saint-Cloud.—Convención para la capitulación de París.—Sentido de sus diversos artículos.—El ejército francés se debe retirar detrás del Loira, y la guardia nacional sola hará en la capital el servicio.—Escenas de los feroces y del ejército al cruzar por medio de París.—Mr. Fouché tiene una entrevista con el duque de Wellington y con Mr. de Talleyrand en Neuilly.—No pudiendo obtener condiciones satisfactorias se resigna y acepta para sí la cartera de la Policía.—Sus colegas se consideran rendidos.—Su vuelta á Neuilly, donde alcanza una audiencia de Luis XVIII.—Todo lo dispone para la entrada de este monarca, y hace que el recinto de las dos cámaras sea cerrado.—La opinión general es que hizo traición á los partidos todos.—Resumen y apreciación de este período llamado de los Cien Días.

Sobre las fronteras francesas del Este y del Mediodía habían sido los sucesos de menor bulto y no tan desgraciados como sobre la frontera del Norte. El general Rapp se había encerrado detrás de los moros de Estrasburgo, el general Lecourbe dentro de Befort, logrando este último contener al enemigo, despues de combates dignos del tiempo en que se disputaban los Alpes á los austriacos y á los rusos. Hacia la frontera de Suiza y de Saboya, siempre afortunado y con su habilidad de costumbre, sin mas que un ejército de diez y ocho mil hombres, el mariscal Souchet habia logrado imponer respeto á un ejército de sesenta mil contrarios. No teniendo mas que de ocho á nueve mil hombres de tropas de linea y al rededor de otros tantos de guardias nacionales movilizados, á la defensa proveyo del Jura y de los Alpes, desde los Rousses hasta Briançon, y puso á Lion en estado de defensa, y disputó las cercanías de Chambery con sus tropas activas. Tras de repeler á los austriacos, aprovechándose de sus desaciertos, así que supo la noticia del desastre de Waterloo, se apresuró á propo-

nerles un armisticio. Como exigiesen la entrega de Lion y de Grenoble, indignado el mariscal atacólos vigorosamente, matándoles ó cogiéndoles tres mil hombres. De resultas, desconcertado el general austriaco Frimont aceptó la ofrecida suspensión de armas, y consintió en tomar la frontera de 1814 por línea de separación de los ejércitos beligerantes.

Asimismo en la Vendée habian pasado felizmente las cosas. Ya se ha visto que, despues de la sorpresa de Aizenay, se dispersaron los gefes vendeanos, descontentos así de los ingleses como de monsieur de Larochejaquelin, y á punto de reincidir en sus antiguas discordias. Ascendido á general en jefe de la insurrección vendeana, Mr. Luis de Larochejaquelin fió la dirección de su estado mayor al general Canuel, antiguo oficial republicano é indispuesto con el imperio. Aunque á monsieur de Sapinaud, de Suzannet y de Autichamp repugnara no conocer mas que á un solo gefe, por deferencia á la autoridad real y por respeto al ilustre nombre de Larochejaquelin se sometieron al cabo. Pronto, movido Mr. Luis de Larochejaquelin por el general Canuel á centralizar el mando, al modo que en un ejército regular poco mas ó menos, á los diversos gefes ofendió extremadamente con una dirección antipática á las costumbres de los vendeanos, y despues contrarió sus miras á causa de quererlos llevar al Marais, para que de la escuadra inglesa recibiesen allí auxilios, en cuya llegada no creían ni por asomo. Quejas alzaron fundadas primeramente en la ninguna confianza de que les ayudara Inglaterra, y además en el peligro de amontonarse junto al Marais, entre las tropas

del general Travot situadas en Borbon Vendée, y las del general Lamarque situadas en Nantes, en un país abierto del todo, donde siempre habían sido derrotados, y donde se hallaban expuestos á morir de hambre. A la sazón acababan de llegar á la Vendée Mrs. de La Berandiere, de Malantie, de Flavigny, despachados por Mr. Fouché para propener una suspension de armas, bajo el concepto de que, yéndose á ventilar la cuestion en Flandes, inútil era la efusion de sangre en la Vendée, donde por otra parte no se resolveria nunca. Habiendo llegado á oídos de Mr. Luis de Larochejaquelin estos parlamentos, por criminales tuvo á Mrs. de Sapinaud, de Suzannet y de Autichamp de resultas, y destituyólos de sus respectivos mandos como desleales á su causa. En la Vendée el pueblo y no el rey era quien daba el mando; así Mrs. de Sapinaud, de Suzannet y de Autichamp siguieron á la cabeza de sus tropas, y dejaron que Mr. Luis de Larochejaquelin se comprometiera en el Marais, donde, aspirando á salir de una mala posicion á fuerza de extremada bravura, se hizo matar á la cabeza de una columna de mil quinientos hombres, que fué dispersada muy luego.

Habiéndole sucedido Mr. de Sapinaud en el superior mando, los gefes volvieron á empuñar las armas, y marcharon sobre la Roche-Servien, donde encontraron al general Lamarque, y sufrieron una sangrienta derrota, que les costó mas de tres mil hombres. En esta refriega cayó Mr. de Suzannet atravesado de balas. Ya convencidos de no tener elementos para sustentar la lucha, y de que de otros dependia el restablecimiento de la dinastia de los Borbones, oídos prestaron á las proposicio-

nes de Mr. Fouché los gefes vendeanos, y al cabo firmaron la pacificacion de su provincia, trasde verter sin fruto su sangre y la de los valientes soldados, que mejor empleo que en la Vendée tuvieron en Flandes.

Así ni hácia las fronteras ni en lo interior se habia perdido definitivamente nada, si en París se sabia soportar el gran desastre de Waterloo.

Al salir Napoleon de Charleroy se habia encaminado á Filipeville con escaso número de jinetes de todas armas, y llegado á esta plaza en la mañana del 19 de junio, trabajo le costó que se abriesen las puertas, no pudiendo reconocer el gobernador en tal estado al emperador de los franceses. Recibido muy luego con respeto y dolor en el recinto de la plaza, Napoleon encontró allí á Mr. de Basano y á algunos de sus oficiales, todos conserados, todos privados de bagajes, pues del desastre no se habia salvado nada, ni aun los carruajes imperiales. Despues de consagrar algunos momentos á tristes desahogos, se apresuró á expedir órdenes diversas, y escribió á su hermano José para darle parte de su última derrota, é invitarle á convocar á los ministros, y á preparar en union de ellos cuantas providencias exigian las circunstancias, y luego escoltado por su servidumbre, que se le volvió á juntar entonces, y subiendo á los malos coches, que se le pudieron proporcionar de pronto, se encaminó á Laon y previno que allí se fueran á reunir los restos de sus tropas.

Ya en Laon, donde le habia precedido el rumor de la derrota, de las autoridades de la ciudad y de los gefes de la guarnicion recibió Napoleon testimonios de pesadumbre, que le llegaron al alma,

tras de lo cual dedicó las primeras horas á reflexionar sobre la conducta que se debía seguir por mas conveniente. De una ojeada penetró el muy próximo porvenir que le estaba deparado, y aun quizá vió harto á las claras, que, cualquiera que fuese su conducta, siempre el resultado seria el mismo. Su fortuna habia jugado á una suerte de dados, y como los dados habian caído mal, su fortuna estaba perdida evidentemente. Este modo de considerar las cosas, le inspiró una resignacion sorprendente, que acaso iba á disminuir su energía, y aun quizá la atencion que dedicara á examinar los diversos partidos adoptables. Una especie de indiferencia, á veces reposada y apacible, y á veces amarga y despreciativa, iba á ser la disposicion constante de su espíritu en momentos, en que con menos penetracion y mas deseo de salir á salvo, á lo menos durante algunas horas, lograra conjurar el destino. Efectivamente, á su parecer algunas horas eran la sola ganancia que podia sacar de los sucesos, y poco probable se hacia que para tal galardón se dignara tentar un esfuerzo magno.

Lo mas urgente de todo era dar á Francia una relacion puntual de la batalla del 18 de junio. Napoleon tenia á su lado á Mr. de Basano, al gran mariscal Bertrand, á Mrs. de Elahault y La Bedoyère, su ayudante de campo. Por sí mismo redactó el boletín de la batalla, con intencion de exponer la verdad toda, aunque sin acriminar á nadie. Tras de dictar este boletín muy de prisa, se lo leyó á los presentes, manifestando que podria muy bien atribuir al mariscal Ney una parte de la desventura de la jornada, si bien se abstenia de obrar de este modo, porque cada cual habia obrado cuanto

mejor le fué posible, y porque todos cometieron faltas. Efectivamente fuera cruel hacer que la responsabilidad de su derrota pesara sobre un hombre, que para impedirlo á todo trance habia acreditado el mas portentoso heroísmo. No pensaba en el mariscal Grouchy, á causa de ignorar su conducta y de atribuir su ausencia á alguna causa extraordinaria. Todo se imputó por consiguiente á las circunstancias y á la *impaciencia febril de la caballería*. Tras de consultar particularmente á Drouot, como dechado de verdad y de justicia, Napoleon dió el boletín por concluido, y á Paris lo despachó con un correo extraordinario. En seguida con las personas que tenia en torno discutió sobre el partido preferible por mas oportuno. ¿Qué iba á hacer en Laon? ¿Guardaria allí pacientemente la reunion de los restos de las tropas? ¿Y cuales serian estos restos? ¿Por ventura bastarian para hacer cara al enemigo, retardar á lo menos por algunos dias su marcha, de forma de dar espacio á que Paris cerrara sus puertas, y armara sus reducidos, y juntara los cuerpos que habian de componer su guarnicion toda? ¿No valia mas que, mientras el principe Geronimo y el mayor general allegaran en Laon á los dispersos soldados, corriese Napoleon á Paris, y se presentase á las Cámaras, y dijese la verdad entera, y demandase recursos con el fin de reparar el último desastre? Aun quedaban recursos si las Camaras fuertemente unidas al gobierno le querian prestar su apoyo. De antemano los habia preparado Napoleon muy considerables, aun en la hipótesis de una gran derrota, para dejar todavía muchas eventualidades de una feliz resistencia. Con su adhesion á la causa comun

los podian acrecentar las Camaras á todas luces; así de la firmeza y del acuerdo entre los poderes públicos dependeria todo. ¿Y no alcanzaria Napoleon mejor esta firmeza y este acuerdo hallándose presente que siguiendo ausente?

Cuestion era esta grave en extremo, y que por tercera vez se presentaba á Napoleon en su carrera. Como juntaba la doble calidad de general y de jefe de imperio, en varias ocasiones solemnes se habia tenido que consultar si era preferible restituir su motor principal al gobierno, ó conservar al ejército su caudillo. Al interés político habia sacrificado el interés militar en las varias ocasiones citadas, y hasta ahora el calculo habiale salido á maravilla, si bien á costa de su reputacion propia, suministrando pretesto á sus enemigos para decir que, luego de puesto el ejército en peligro por culpa suya, no cuidaba ya mas que de salvar su persona. Semejante cargo no era si no de enemigos, porque en tales coyunturas siempre consiguió un grande objeto. Con efecto, cuando abandonó al ejército de Egipto, para venir á París á fundar un gobierno, se vio elevado al consulado y al imperio. Despues de la campaña del año de 1812 contra Rusia, al abandonar su ejército en Smorgoni, y al cruzar la Alemania antes de que se sublevase toda, le fué dado juntar recursos para vencer á Europa en Lutzen y en Bautzen, lo cual bastara para salvar su corona, si á su orgullo supiera imponer sacrificios. Así habia obrado habitualmente, pues conquistó el poder la vez primera, y lo conservó la segunda. ¿Por ventura sucederia lo mismo la tercera? Sumamente arduo se hacia resolver esta cuestion á todas luces. Al volver de Egipto, se presentó

con el crédito de la gloria en contraposicion del descrédito del Directorio, y solamente su presencia proporcionóle el triunfo. Cuando de repente volvió de Rusia, no se habia cesado de creerle invencible, hasta el punto de buscarse en los elementos, y no más que en los elementos, la explicacion de una desgracia considerada como pasajera; además aun no se concebía la idea de otro gobierno que el suyo, y así del patriotismo de Francia obtuvo los medios de hacer una segunda campaña. Actualmente habia cambiado todo. Ya habia costumbre de verle vencido; siempre se creía en su genio, pero ya no se creía en su fortuna; á su despotismo y á su ambicion se imputaban las desdichas de Francia, y con especialidad se atribuyó la nueva crisis en que habia caído á su funesto retorno de la isla de Elba. Habiendo preparado los Borbones este retorno con sus desaciertos, se habia sufrido á Napoleon de manos de las tropas, con la esperanza de que pudiera vencer todavia, mas ya desvanecida la única utilidad que se aguardaba de su persona, la del triunfo, y desvanecido con todos sus demás prestigios, ¿le quedaria algun ascendiente sobre las Camaras, ya tibias antes de su derrota, y probablemente mas tibias de resultas? ¿No se las veria denostar al héroe sin ventura, como hacen tan á menudo los hombres? ¿Y no valia mas permanecer á la cabeza de un ejército que le ido atraba de continuo, y que solo á la traicion achacaba sus reverses? ¿No se mostraria mas imponente en medio de aquel ejército formidable aun despues de vencido, que solo en la barra de una asamblea implacable respecto del déspota sin soldados y sin espada? ¿Y Napoleon tenia el presentimiento secreto de ser

preferible quedarse en Laon para allegar los restos del ejército, á ir á París á entregarse en manos de una hostil asamblea, y se inclinaba á tal resolución muy fuertemente. Pero hubo divergencia de pareceres, y por lo general prevaleció el opuesto entre los que estaban á su lado. Unos se hallaban preocupados de resultas de lo propalado á menudo por sus enemigos, acerca de que no sabia mas que dejar su ejército en extremado apuro, y temian que ahora se renovasen tales especies. Otros consideraban de mayor interés que fuera á París á vigorizar los corazones, á reprimir á los partidos, á imponer silencio á las disidencias, y á reunir á todos los buenos ciudadanos con el pensamiento único de resistir al extranjero. Habitados los que á tal consideracion daban mayor peso á estar bajo el ascendiente de su soberano, y no echando de ver que este ascendiente aún cabal para ellos, respectó de los demás ya habia disminuido en tres cuartas partes, lo querian oponer á la mala voluntad de los partidos, con la quimérica esperanza de que fuera eficaz como otras veces. De seguro en semejante coyuntura, en medio de todas las agitaciones, que se prevenian facilmente, hasta lo sumo fuera de desear en París la existencia de una voluntad poderosa. Pero no seria esta voluntad mas imponente desde lejos que desde cerca, y desde el seno de un ejército siempre fanático por su caudillo que desde el recinto del desierto palacio del Eliseo? Suponiendo que una asamblea arrebatada quisiera atender con sus decretos á la imperial prerogativa, nada podria contra Napoleon rodeado de sus soldados, á la par que en París y solo y sin mas escolta que su derrota, le podria sin duda violentar y

aun arrancar el cetro. No se ocultó á sus ojos este porvenir humillante, aunque no dijo nada á los que deliberaban sobre el asunto. Casi todos vieron únicamente la necesidad de una mano poderosa en el centro del gobierno para contener allí las malas voluntades, y creyendo en la pujanza de esta mano, cuyo vigor sentian aun cotidianamente, á Napoleon instaron para que se encaminase á París sin demora. Con todo, persistia en una silenciosa resistencia, cuando le decidieron dos razones á obrar en sentido contrario al de su inclinacion oculta. Por una parte recibió una carta del conde de Lanjuinais, presidente de la Cámara de representantes, escrita á la verdad despues de Ligny y antes de Waterloo, pero impregnada de sentimientos tan afectuosos, que daban margen á presagiar disposiciones favorables en la asamblea. Por otra parte, mirando desde Laon en torno suyo, no debia sentirse tentado á permanecer allí de ningun modo. Si Napoleon tuviera bajo su mano cincuenta ó sesenta mil hombres, para operar entre París y la frontera, no se decidiera á abandonarlos por nada, pues con su arte en las maniobras, aun hubiera podido retener á los generales victoriosos, dar tiempo á que se repusieran los ánimos, á que los guardias nacionales movilizados acudieran á las filas, y á reprimir con su aliivo continente á los enemigos interiores y exteriores. Pero entre Filipeville y Laon á lo sumo habia encontrado tres mil fugitivos. Hevados en alas de la derrota, y bien se necesitaban ocho ó diez dias para juntar veinte mil hombres que tuvieran visos de tropas organizadas.—¡Ah! se le decia sobre este punto, si Grouchy figurara como verdadero general, si existiera alguna razon

para esperar que hubiese salvado los treinta y cinco mil hombres puestos bajo su mando, muy luego se allegaron detrás de este apoyo otros veinte y cinco mil soldados siempre adictos al imperio, y con sesenta mil combatientes arrojados, aun se podía caer sobre el enemigo de sorpresa, y ganarle una batalla, y contener su avance, y restaurar la fortuna vacilante de Francia. Pero actualmente Grouchy debía estar prisionero entre los prusianos y los ingleses, y así no se contaba un solo cuerpo entero de tropas. Napoleon no haría en Laon mas que esperar diez ó doce dias á que se juntasen quince ó veinte mil hombres, y consumiría su tiempo en allegar los hombres uno á uno y en reincorporarlos á las filas. Ciertamente valía mas que invirtiera este tiempo en ligar los poderes públicos, yendo á Paris por algunos dias, sin perjuicio de tornar inmediatamente despues á ponerse de nuevo á la cabeza del ejército, que ya el mayor general habria reunido y organizado. Estas razones eran de bulto, é hicieron que Napoleon se decidiera al cabo, porque no se podía resignar á invertir su tiempo desde Laon en correr detrás de los fugitivos, mientras que en Paris se podía aplicar á contener á los partidos, á reanimar el gobierno y á crear nuevos recursos. En Laon se quedara sin duda, si supiera que Grouchy estaba sano y salvo; pero no habiendo razones sino para creerlo perdido, se determinó á marchar á Paris de contado. Así bien se puede afirmar que Grouchy le perdió dos veces; obrando mal la primera, y haciendo temer que de igual modo habria obrado la segunda, lo cual no era cierto, pues á la sazón lograba salvar milagrosamente su cuerpo de tropas.

Adoptado su partido, Napoleon expidió órdenes para el levantamiento en masa de la guardia nacional de los sitios comarcanos, con el fin de recoger y conducir á Laon á los fugitivos. Al mariscal Soult en calidad de mayor general dejó el mando del ejército, y consigo se llevó á su hermano Gerónimo, herido de un brazo y de una mano. Al mariscal recomendó que rehiciera y reorganizara las tropas lo mas pronto que le fuese posible, y le anunció que volvería á tomar el mando, así que despachara los asuntos de mayor urgencia. De seguida subió al carruage para estar en Paris el dia 20 de julio.

Mientras Napoleon tomaba esta resolución grave, sorprendido Paris por la noticia del desastre de Waterloo, en el estupor caía al pronto, y muy luego pasaba á la agitacion mas extremada. Cierta confianza habian inspirado las nuevas llegadas una tras otra, de un triunfo decisivo en la Vendée, de un triunfo tranquilizador hácia los Alpes, de un triunfo brillante en Ligny, y se auguraba que con el auxilio de la fortuna y de la moderacion se llegaría á celebrar una paz honrosa. Estas nuevas ocuparon á los ánimos hasta el 18 de junio; ningun rumor circuló al dia siguiente. Ya el 20 de junio se supo que los ministros habian sido llamados á la morada del príncipe José de pronto, y por la capital empezaron á cundir los rumores mas desconsoladores. Presto se averiguó que el príncipe José habia anunciado un gran desastre á los miembros del gobierno, y no sin recomendarles que aguardaran con calma las órdenes que por Napoleon les iban á ser dirigidas. Mas fácil era aconsejar que de conservar la calma en semejante co-

yuntura. Vehemente fué la emoción hasta lo sumo, y la opinion de que Waterloo iba á ser la señal de una nueva revolucion, se apoderó de todas las cabezas. Efectivamente, desde el retorno de la isla de Elba, en todos los espíritus dominaba la idea de que, si por el odio que inspiraba á Europa, Napoleón era para Francia un peligro, tambien era una seguridad por la prepotencia de su espada. Ya rota esta espada en Waterloo, universalmente se deducia que no era mas que un peligro sin compensacion de ninguna clase, y que para poner término á tal peligro, fuerza era que volviése á hajar del trono. Pura y simplemente decian los vulgares adoradores del triunfo que habia ido á jugar la última partida, y que, habiendola perdido, no le quedaba mas que hacer sino dejar el puesto á otros. Las personas que derivaban de mas elevado origen sus razones expresaban que, despues de comprometer á Francia con Europa durante su primer reinado, lo mejor fuera que no hubiese pensado en volver nunca; que, vuelto en virtud de una tentativa temeraria de todo punto, ningun otro medio tuviera eficacia para excusar tal tentativa mas que una buena política y la victoria; y que, pues la victoria le habia faltado, sacrificándose á sí propio, le tocaba poner término á peligros, de que era sola causa sin que ya les pudiese aplicar remedio.

Esta opinion vino á ser general en el instante, y cada cuál manifestóla á su manera. Poseídos los realistas de frenético alborozo proclamaban abiertamente que la destitucion inmediata de Napoleón era un sacrificio debido á la salvacion de Francia, y que en todos los casos, respecto de su persona seria un simple y justo castigo de sus atentados.

Viendo que habia presumido sobradamente, si no de su genio, á lo ménos de su fortuna, los revolucionarios honrados y los jóvenes liberales, que sin desearle de ningun modo, le habian aceptado de manos del ejército como el único hombre capaz de defender á la revolucion y á la Francia, se hallaban confusos y desconsolados, y no vacitaban en decir que ya convenia pensar exclusivamente en la patria, y salvarla sin su persona, si no se podia de otra suerte. Los hombres adictos por afecto ó por interés á la dinastía de los Bonapartes y los revolucionarios comprometidos del todo, eran los únicos que se atrevian á sostener que era necesario unirse á Napoleón de una manera decidida, y se pultarse con su persona bajo las ruinas del imperio.

No obstante, algunos espíritus vigorosos, aunque á la verdad muy raros, de igual opinion eran partícipes y la apoyaban en mejores razones. Al decir de ellos, una vez cometida la falta de llamar ó de permitir volver á Napoleón de la isla de Elba, no habia otro modo de repararla que el de perseverar y unirse fuertemente á su persona; para continuar la guerra aún quedaban recursos, que puestos en sus manos podrian muy bien ser eficaces; teniéndole por caudillo para oponer resistencia al extranjero, posible era el triunfo, á la par que imposible con cualquier otro gefe; sobre ser deshonroso, se resentia de quimérica la esperanza de venir á tratos con Europa, sacrificando la persona de Napoleón á sus exigencias; sin duda Europa miraba á Napoleón de mal ojo, mas no tenia mejor disposicion respecto de Francia, y despues de empeñar por de pronto las mas galanas promesas, cuando se tuviera la debilidad de darlas oidos, solo á

alcance de Dios estaba lo que sería del país, y de su territorio, y de la libertad de los ciudadanos. Dos hombres eminentes pensaban de este modo, Carnot y Sieyès; Carnot, porque después de vivir al lado de Napoleón tres meses, al fin se adhirió á su persona, de resultas de verle sencillo, franco, pronto á reconocer sus desaciertos, cuando no se le echaban en cara, y aplicado á la defensa del país de plano; Sieyès, porque sin amar á Napoleón de ningún modo, ni antes ni ahora, de la situación juzgaba con su superioridad mental de costumbre, y discurría que no quedaba más arbitrio que el de resistir con Napoleón á la cabeza, ó ehde entregarse inmediatamente á los Borbones; y como esta última solución era inadmisibile á sus ojos, no titubeaba lo más leve, y así tenía por mejor unirse á Napoleón de una manera franca y vigorosa, poniendo todas las fuerzas del país en sus manos. Con términos muy vehementes se lo manifestó á Mr. Lanjuinais, á quien halló muy quebrantado de resultas de la noticia de Waterloo. Efectivamente, este personaje pertenecía al número de los que se habían adherido nuevamente á Napoleón por razón de utilidad pública, y de los que nada hallaban que les ligara á su persona, después de venida esta razón á tierra. —Meditad bien acerca de vuestra conducta, le dijo Sieyès, porque para salvaros no tenéis más que á ese hombre; de un general necesitáis, y no de un tribuno: suyo es el ejército, y no hay otro que lo pueda tener bajo su mando. Destruídele cuando los hayáis servido de su persona, y yo no me lamentaré de resultas; pero esmeraos en servirlos antes de su pujanza, confiándole todas las fuerzas de la nación

sin demora y quizá conjurareis así el peligro de que estais amenazados. De otra suerte perdereis infaliblemente á la revolución, y aun tal vez á Francia.

Sieyès tenía razón hasta cierto punto. Si se quería hacer que triunfara la libertad por manos de los modernos liberales y de los antiguos revolucionarios, no manchados con exceso alguno, todos sinceramente adictos á esta noble causa, y dignísimos de que triunfara por sus manos, si se quería poner á Francia á cubierto de la humillación de un gobierno impuesto por el extranjero, si se quería preservar su suelo y su grandeza de los desmanes de un enemigo victorioso, no quedaba más que un recurso; el de unirse entre sí ante todo, y á Napoleón de seguida. Con efecto, solamente era dado á Napoleón obtener del ejército y de la parte enérgica de la nación los últimos esfuerzos del patriotismo; solamente Napoleón era capaz de conseguir que estos recursos fuesen eficaces. Lo de imaginar que una asamblea revolucionariamente constituida renovaría los prodigios de energía de la Convención nacional, no pasaba de ser un delirio de maníacos incorregibles, como los hay en todos los tiempos, y como había entonces muchos en el partido revolucionario.

Pero necesario es consignar que había otra solución distinta de la consistente en salvar por mano de Napoleón, así la libertad como la inviolabilidad del territorio. Muy lejos de quedar la libertad necesariamente perdida con los Borbones, á la fuerza había de triunfar de ellos, como acababa de triunfar de Napoleón arrancándole el *Acta adicional*; y respecto de la integridad del territorio de Fran-

cia, tan dudoso era el buen éxito de una lucha desesperada contra los ejércitos enemigos, que la solución mas obvia y de menos peligro, si con honradez y habilidad se conducian las cosas, á todas luces era la de aceptar francamente á los Borbones, y entrar en tratos y estipular con ellos ó con Europa que les daba su apoyo. Un buen ciudadano se podia muy bien proponer este objeto con tal de que no pensara en su persona, sino solamente en su patria, con tal de que impusiera condiciones á beneficio de la libertad y del territorio, y no de su ambicion propia, con tal de que en suma fuera de su parte una patriótica empresa, y no una vil é interesada intriga. Pero, aun mostrándose inclinados á sacrificar á Napoleon desde luego, los hombres que llenaban las dos Camaras se hallaban tan poco propicios á recibir á los Borbones, ya fuese por interés ó por repugnancia, que para llegar á transición semejante, además de una cabal honradez y de una habilidad profunda, se necesitara un inmenso ascendiente, lo cual suponía un personaje extraordinario, y tal personaje no existía con todos sus requisitos.

Dos hombres, Mr. Fouché y el mariscal Davout, podian mucho á favor de la salvacion de Francia por entonces. Sobre el ejército gozaba el mariscal Davout de un ascendiente merecido. Despues de Napoleon, solo este mariscal tenia la autoridad necesaria para rehacer tropas, y si en París obraba como habia procedido en Hamburgo, por tiempo no corto podia aun detener á la Europa victoriosa: su hombría de bien estaba al abrigo de toda sospecha; pero, si de juicio político no se hallaba falto, de destreza carecia del todo. Solo era capaz de se-

guir una conducta, consistente en reunir á los miembros del gobierno, en proponerles atrevidamente lo que tuviera por mejor en tal coyuntura, hasta el llamamiento de los Borbones, y en hacer pedazos su espada, si al fin no se le daba oídos. Pero no era idóneo de ningun modo para conducir diestramente á los partidos á un objeto árduo, sujeto á disputas, y sobre todo necesitando apelar al disimulo, sin menoscabo de la honradez, por espacio de algunos dias. Mr. Fouché era muy al contrario: si de hombría de bien, y de desinterés, y de ascendiente sobre el ejército carecia del todo, lo que es el arte de engañar á los partidos, y de conducirlos á un objeto, negando con la mayor desfachatez que hácia allí enderezara el rumbo, lo poseia en sumo grado. Por fin, tenia de sobra lo que el mariscal Davout tenia escasamente, y en revolucion semejante, cuando se necesitara no pensar mas que en el país, solo era capaz de pensar en sí propio. Tanto para su actividad como para su vanidad y su ambicion fué la noticia del desastre de Waterloo un aguijon extraordinario. Al verse desembarazado de Napoleon se creia indemnizado con usura de las eventualidades casi ciertas que este suceso daba á los Borbones, fuera de que en la confusion actual de las cosas, y ya derribado el gigante, no descubria en tal caos ninguna cabeza que se levantara sobre la suya. Dueño se consideraba de los sucesos, y representando en 1815 el papel que Mr. de Talleyrand habia representado en el año precedente, y con mas poder todavia, porque disponiendo en lo interior de París de los partidos, tratando fuera con los ejércitos enemigos detenidos delante de la capital, se lisonjaba de figurar como

árbitro de Francia y de Europa, y no discernía en su ridícula obcecación que, si aconsejando con autoridad y decisión de ánimo á los soberanos victoriosos, Mr. de Talleyrand habia logrado la Carta de 1814 por desenlace, ahora él, engañando á todos los partidos, para acabar por ser engañado personalmente, no lograria mas resultado que la entrega de Francia y á la par de las mas ilustres cabezas á las iras de la emigración y de Europa. Con efecto, el año de 1814 fué una reconciliación, y lo de hacerla duradera solo estaba á arbitrio de los Borbones; y el año de 1815 no debia ser mas que una venganza. ¡Tal desenlace no valia la pena de trabajar con tanto abinco!

Inmediatamente despues de llegada la fatal noticia, Mr. Fouché se puso en movimiento para anudar intrigas de todas clases. Por sí no prefiriera á los Borbones, alcanzándosele perfectamente que entre ellos y su persona siempre mantendria perpétuo embarazo su calidad triste de regicida. A sus secretos deseos correspondiera mejor, ó la regencia de Maria Luisa, que á los bonapartistas y al ejército acomodara sobremanera, ó el mismo duque de Orleans, en quien á la sazón fijaban los ojos muchos amigos de la libertad y muchos gefes militares. Pero si Maria Luisa ó el duque de Orleans se presentaban como transacciones, que se hubieran podido esperar de Europa vencida, ó vencedora á medias, tras de un desastre como el de Waterloo ya no cabia cifrar las esperanzas en transacción alguna, y como solución verdaderamente probable no se hallaba otra que la vuelta de los Borbones, é impuestos ya sin condicion de ninguna especie. Previéndolo Mr. Fouché de este modo, se resigna-

ba al cabo, si esta solución era obra suya, y conseguia que redundara en su provecho. Para caminar mas sobre seguro, y tomar sus precauciones en este sentido, se estrenó por dar un paso muy significativo á todas luces. Mr. de Vitrolles, á quien ya se vió hacer figura, se hallaba encerrado en Vincennes desde su prision en Tolosa, y sin pensar Napoleon en fusilarle ni por asomo, segun supuso Mr. Fouché para atribuirse el mérito de haberle salvado la vida, le habia guardado como en rehenes, sin perjuicio de verlo, que determinaria luego acerca de su persona. Sin sospecharlo ni de lejos, de esta suerte habia preparado á Mr. Fouché un medio poderoso de intriga. Este hizo inmediatamente soltar de Vincennes y conducir á su presencia á Mr. de Vitrolles, le anunció que estaba libre, y le recomendó que no se mostrara en público y estuviera pronto á desempeñar las comisiones que fiara á su celo. En materia de comisiones solamente las podia aceptar Mr. de Vitrolles de una clase, lo cual no habia necesidad de recordar á Mr. Fouché, que no lo ignoraba y lo comprendia perfectamente, si bien, estando aun muy al principio los sucesos, actualmente no era posible avanzar mas en las vias del realismo. Lo de sacar á Mr. de Vitrolles de Vincennes y tenerle pronto á obrar activamente, á la par era un mérito ante los Borbones y un medio habilísimo para entrar en relaciones con ellos. Naturalmente á nadie enteró Mr. Fouché de este paso, y de muy distinto aspecto mostróse á las personas con quienes se proponia trabajar á favor de una revolución nueva. Principio habia de dar por salvarse de Napoleon, al cual no cesaba de te-

mer en las convulsiones de una agonía sobre todo, agonía que podía ser violenta, y aun cuando todo propendia á la destitucion del vencido de Waterloo, todavia se necesitaban contemplaciones respecto de los que la habian de pronunciar con sus votos. Apenas salió de la junta celebrada en la morada del príncipe José por los ministros, Mr. Fouché apresuróse á llamar á los miembros de las dos Cámaras á su lado, y en estas diversas entrevistas invirtió el dia y la noche del 20 de junio.—Y bien, les preguntaba á todos, ¿no os tenia yo dicho que ese hombre nos perderia con su obstinacion loca? Si no hubiera vuelto de la isla de Elba, ya nos íbamos á librar de los Borbones casi de acuerdo con las potencias, que á María Luisa ó al duque de Orleans aceptarían sin duda, y en lugar de una revolución violenta y de una guerra á muerte con Europa, solo tuviéramos un cambio pacífico y casi universalmente consentido. Recientemente ofrecióse una propicia coyuntura, al tiempo de la solemnidad del Campo de Mayo. Al cabo estábamos por una secreta comunicacion llegada de Viena (monsieur Fouché aludia á la mision de Mr. Werner á Basilea) de que habia disposicion favorable á un ajuste, bajo la condicion esencial del alejamiento de Napoleon, y de que concedido este punto se admitiria todo, á María Luisa ó al duque de Orleans, ó lo que mas conviniera en suma, y que á tal precio la paz seria mantenida. A Napoleon propuse que abdicara en el Campo de Mayo á favor de su hijo, y que de este modo pusiera en la precision de acreditar su sinceridad á las potencias. Así Napoleon alcanzara un retiro honroso, y con tal sacrificio ganara la mas bella gloria. Pero á nada quiso

dar oídos, y ya lo veis con vuestros mismos ojos, ese jugador desenfrenado, ni aun siquiera sabe ganar al juego. ¿Y qué hemos de hacer con un jugador que sabe perder solamente?—
Mr. Fouché no se franqueaba en los mismos términos con sus diferentes interlocutores: más decia á sus allegados, algo menos á los que no eran de su habitual confianza, si bien ante todos se mostraba espantado de lo que Napoleon era capaz de poner por obra á su vuelta á Paris, y les decia de este modo:—Ya vereis cómo viene hecho una furia; os propondrá medidas extraordinarias, os pedirá que pongais en sus manos todos los recursos de la nacion para hacer un uso desesperado de ellos. Ya estaba dispuesto á destruir á Paris el año pasado, con que ya podeis calcular á lo que el actual estará dispuesto, ahora que se halla colocado entre la muerte y un estrecho calabozo; y podeis estar muy seguros, de que si lo que os pida le negais con vuestros votos, fijamente disolverá las Cámaras, á fin de quedar en posesion de todos los poderes.—Ya Mr. Fouché habia usado de la amenaza de la disolucion de las Cámaras apenas se hallaban reunidas, y experimentado tenia el gran efecto de tal recurso: Ciertamente, aquellos representantes, revestidos con su mandato apenas hacia tres semanas, conociendo que venian á ser dueños del país á medida que la influencia de Napoleon iba en decaimiento, se estremecian ante la idea de verse despedidos y echados á sus casas, para dejar la Francia en manos de un furioso, como decia monsieur Fouché, que el año anterior estaba pronto á volar el polvorin de Grénelle, y que este año no se atreveria á menos de fijo. Con presentar á las